

Filosofía, Arte y Letras



El 9 de octubre de 1956 Ernest Hemingway visitaba a Pío Baroja; dos semanas más tarde acompañaría a los restos del ilustre escritor al cementerio civil de Madrid, donde fue enterrado.

Baroja y Hemingway

Por José Salvador Guandique

Aunque ya se ha dicho y escrito —lo hicimos en EL DIARIO DE HOY, 20 mayo 1970— cómo el escritor norteamericano prodigaba su admiración al vasco, acre, claridoso e irreductible, vayan estas líneas de la internacional Revista "Time", en su sección People (octubre 29, 1956, p.47) con la ilustración que orla esto, donde aparecen don Pío y Ernesto, en ilustrativa foto:

"En su peregrinación al apartamiento de Madrid, el entrecano autor Ernest Hemingway, de 57 años, se sentó reverentemente al lado de la cama del débil Pío Baroja, de 84 años, ahora inválido como el león cansado de las letras españolas."

Papá llevaba varios regalos —una copia de su Adios a las Armas— dedicada a don Pío, "en homenaje de su discípulo", "un sweater y calcetines de suavisimo casimir y una botella de whisky escocés."

Presentando sus regalos, el discípulo Heminway, dijo con voz grave:

"Permitame ofrecerle este pequeño tributo a usted, que tanto ha enseñado a todos aquellos que hemos querido, desde jóvenes, ser escritores. Deploro el hecho de que usted no haya recibido el Premio Nobel, especialmente cuando éste ha sido dado a muchos que menos lo han merecido, igual que yo, que soy solamente un aventurero."

Papá, conmovido por su propia sinceridad y elocuencia, empezó a llorar cuando se despedía."

Hasta aquí "Time" que pone su nota de humor y de ironía en lo anterior, para evocar a Camilo José Cela en "Recuerdo de Pío Baroja", conferencia pronunciada en la Asociación Española de Mujeres Universitarias de Madrid, el 15 de noviembre de 1956 y publicada en su libro "Mesa Revuelta" —Ed. Taurus, Madrid, 1957, p. 302-3:

"Miguel Pérez Ferrero —el amoroso biógrafo de Pío Baroja en su rincón, readitado como La Vida de P.B., acolaríamos— se tiznó la cara y Hemingway —el respetuoso y emocionante Hemingway del último homenaje—, aun con las escamitas del catarro en la nariz, loraba tras sus lentes artesanos, sus lentes de médico de pueblo —también Baroja lo sería en Cestona, volvemos a interrumpir— o de viejo marino holgando en tierra firme..."

Llegaron los funerales —colilla en la oreja, blusón de teriante, gesto de estar a la vuelta de todos los misterios— y cargamos al muerto. Una vez que oía a ején, se levantó. —Para esto hay que saber. Lo peor son las esquinas, doble sin miedo.

Por la escalera abajo, Miguel Pérez Ferrero, Eduardo Vicente, Val y Vora y yo, tropezamos varias veces.

Hemingway no bajó a Baroja. —Es demasiado honor para mí. Sus amigos... sus amigos de siempre.

—"Como usted guste." Y Cela comenta después: "A Baroja hubiera sido mejor haberlo enterrado por la tarde y una semana más adelante en su mes preferido: noviembre. Pero la muerte viene cuando viene. Baroja en sus Canciones del suburbio tiene un paso doble profético:

Esas tardes del Retiro, en pleno mes de noviembre me dan la impresión romántica de un mundo que desfallece."

Ya se repite que don Pío escribió las aventuras que no pudo vivir, mientras Hemingway primero las vivió y luego se puso a la máquina, como que Baroja, lanzaría versos de viejo, cuando la mayoría hacen lo propio en la juventud... Esas Canciones aparecieron en 1944, con prólogo de su gran amigo, Azorín, que comienza: "La primera impresión es de sorpresa: Pío Baroja ha escrito un libro de versos. "Don Pío lo pergeñó "por aburrimento", olvidando que, en 1926, había escrito otros renglones en romance, más esta es otra historia. Vayamos a algo sobre el discutido galardón, a tono con el mismo Baroja en sus "Memorias", donde se le ve el desencanto y algo del egotismo que siempre predicó, a saber:

"Entre los autores a quienes se concedió el Premio Nobel, cita una publicación de Moscú, Literaturnai Gazeta, a los españoles Benavente y Echegaray, y los cita en son de crítica, recordando entre los españoles no premiados a Pío Baroja, como el más acreedor al galardón." sin comentarios...

Los Libros y los Días

Correo Angélico

Por Ramón J. Sender

En estos días de lecturas ingratas —libros de escándalo, reportajes ineptos y venenosos, sugerencias porno— el destino que gusta de los contrastes y las compensaciones nos obsequia a veces con cartas de lugares lejanos. Cartas angélicas de lugares que parecen paradisiacos. Porque los ángeles escriben cartas, también. Cartas sublimemente neutras.

Y a las puertas de cada hogar donde hay hombres desesperados llama, de vez en cuando, una virgen.

Esa virgen es la esperanza, como se puede suponer. Sin alguna esperanza en el mañana no se podría vivir. Cuando esa esperanza se acaba los hombres mueren, las naciones mueren. Tal vez los planetas mueren, también.

Digo todo esto porque con la fatiga de las lecturas tritonónicas, de las "n emorias" mentirosas y calumniadoras, de los libros de tortuosa intención escritos siempre contra alguien, llega, de pronto, en el correo, una carta angélica. Ya digo que no es broma.

Lo curioso es que el lugar donde está fechada esta vez la carta es ya todo un poema: Liebenschwiller, en la Alsacia francesa. Liebenschwiller quiere decir algo así —según mi pobre alemán— como "urbe del amor". La caligrafía es muy clara y neta y revela una personalidad armoniosa y feliz, sin afectación alguna. Está escrita en inglés sin un solo error y aunque parece que su texto no tiene importancia, para mí la carta es encantadora.

Dice simplemente: Lienenschwiller, Agosto 20, 1977.—Querido Ramón. Soy una joven francesa de dieciséis años. Vivo en una pequeña ciudad llamada "Liebenswiller" que está situada en una parte de Francia que se llama "Alsacia" cerca de la frontera de Suiza. Ahora, sobre mí y mi familia: Voy a un "grammar school" (me quedo allí durante toda la semana) en "Hulhouse" que está a la distancia de 35 kilómetros. Voy por tren cada lunes por la mañana. Tengo dos hermanos (de 25 años y de 32) llamados Gerard y Ernest. Mi madre es alemana y su nombre es W. (evito el nombre entero porque tal vez la niña no querría que se publicaran). Mi padre es francés y su nombre es E. Está casado dos veces. Su primera esposa murió y la segunda es mi madre. Por favor escríbeme!!!

"Aquí está mi dirección: Melle Héleine S... (omito la calle y el número por la misma razón que los nombres). Lienenschwiller, Dep. Hegenheim, (France).

Espero tu respuesta!!! Friendly yours, Helene.

Como se puede suponer lo mejor de la carta son las tres exclamaciones (signos de) que pone después de pedirme que le escriba.

Yo le he escrito ya, como es natural. Le digo que me alegro de que viva en una población con nombre tan bonito, que estoy seguro de que el paisaje que ve desde el tren en los 35 kilómetros que separan Liebenschwiller de Hulhouse es hermoso y que deseo que sus padres y hermanos estén bien de salud y que la familia entera goce de prosperidad, libre de preocupaciones.

Yo no tengo la menor idea de si ha leído algo mío ni de quien le ha podido dar mi dirección. No comprendo por qué no me escribe en francés —su idioma natural— ya que si ha leído algo mío será en ese idioma y puede suponer que lo hablo, yo también.

Los lectores dirán que no tiene importancia todo esto. Realmente nada tiene más importancia que la que nosotros queremos darle. Esa niña podría ser la virgen que llama a la puerta de los hombres en quienes la esperanza flaquea. Y yendo al extremo contrario podría ser la Helena iliaca (troyana) que desató a su alrededor tantas catástrofes. Los tiempos que vivimos nos permiten las dos hipótesis.

Yo prefiero una tercera. ¿Quién entre mis lectores no estará de acuerdo en que la sugestión que propicia esa criatura es encantadora? En aquellos lugares montañosos de grandes lagos azules con las crestas y las orillas nevadas la mayor parte del año, u a niña de dieciséis años yendo los lunes por la mañana a la escuela (donde se queda hasta el sábado) nos sugiere imágenes de una serenidad y de una candidez y pureza de veras confortadoras.

La mayor parte del mundo está pasando por una crisis donde la serenidad y la armonía son casi imposibles. En todos los continentes. En África, en Asia, en Europa, en América.

OFICIOS

Por Carlos Girón S.

Se sabe que el mejor oficio del hombre es el de pensar; pero lo más noble es pensar en sí mismo. No digo pensar para sí mismo, egotísticamente, sino en su realidad, su esencialidad.

Pensar en el hombre es pensar en el Todo: el Universo. Dios. Y aun creo que Dios se complace más de ver al hombre entregado al autoescudriñamiento, que a investigar la existencia de la Divinidad. Porque no hay otro camino más que el del hombre, para llegar a la realización de Dios.

¿No está acaso Dios manifestado en su Hijo? ¿Acaso los antiguos no reconocieron que el hombre es un diminuto dios, que es una réplica matemática de cuanto forma el Universo? (Oh excelencia del pensamiento protagórico proclamando que el hombre es la medida de todas las cosas!)

Decimos que pensar es el más noble oficio en el hombre. Pero inquieta esta cuestión: ¿es todo conocimiento útil? El filósofo respondería que en su esencialidad el conocimiento no puede ser útil o inútil, sino neutro: lo uno o lo otro depende de la aplicación que el hombre le de.

Obviamente, las civilizaciones son fruto del pensamiento humano. ¿Podría entonces decirse que las fallas que se evidencian en ellas son fallas en el modo humano de pensar? Probablemente sí: el pensamiento se ha encauzado en una sola dirección: se ha pensado casi exclusivamente hacia afuera, olvidando la realidad íntima en el ser humano, su psique.

El destino del mundo sería otro si no hubiese perdido el costumbre del pensamiento introspectivo, paralelo al exterior. Se habría tenido así, junto al avance de la civilización, la necesaria evolución espiritual del hombre, evitándose los tantos males que causa la falta de esa evolución.

El noble oficio de pensar en sí mismo ayuda a despertar las potencialidades espirituales propias al verdadero progreso humano.